



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año. Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 38.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

14 de Octubre de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Advertencia.—Granada es católica, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**A María Inmaculada**, por don Francisco Jimenez Campaña.—**Mater Purísima, Ora pro nobis**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**A la Virgen de las Angustias**, poesía, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

IMPORTANTE.

Hace tres años que con la fe por guía, y bajo el amparo de la Santísima Virgen, empecé la publicación de la modesta revista LA MADRE DE FAMILIA.

Hasta aquí, y en cuanto mis débiles esfuerzos han alcanzado, he cumplido religiosamente mis compromisos, y seguiré haciéndolo con mayor empeño de hoy en adelante, para lo cual, desde primeros de año, el periódico contendrá mas lectura, sin que por esto se varíe su precio de 2 reales mensuales.

Pero esto solo no basta, se necesita tambien que algunos suscritores cumplan con los suyos;

y para ello se suplica que todos los que se hallan en descubierto en sus pagos hasta fin del presente año, remitan su importe, para lo cual, con los números adjuntos se les envían sus respectivas liquidaciones, pues no de otro modo podremos mandarles los diez números que faltan para completar el año.

En los puntos donde no halla letras del Giro mútuo, pueden hacer su abono con la mayor facilidad en sellos de correo de 10 y 15 céntimos.

Deseando que nuestros constantes suscritores tengan la coleccion del periódico completa, pueden reclamar todos los números que les falten, sin que por esto tengan que abonar nada, y al momento los tendrán en su poder.

GRANADA ES CATÓLICA.

Con el alma llena de alegría: con el corazón latiendo de orgullo, repetimos una y mil veces las hermosas frases con que encabezamos estas líneas.

Sí; Granada, la ciudad de las mil torres, sul-

tana agarena ayer, y matrona cristiana hoy; Granada, la hija predilecta de la primavera, cuyos campos se visten de flores, cuyos rios se cubren de plata, cuyas brisas se empapan de suaves aromas: nuestro suelo natal, nuestra noble ciudad, nuestra bendita cuna en fin; es católica y religiosa y creyente, por mas que el error haya tratado de apagar con su frio soplo la clara antorcha de su fe, y de talar y destruir la raiz del árbol santo de sus divinas esperanzas.

¡Granada es católica! ¡Y lo será siempre! porque en las venas de sus hijos hierve la noble sangre de Pelayo, y en sus corazones germina la semilla arrojada hace cuatro siglos por la bendita mano de Isabel I, cuya sombra aun vaga entre nosotros, y cuyo postrer suspiro flota entre las auras que van á gemir en su augusto sepulcro.

¡Sí, Granada es católica!

Ved sino, las anchas naves de sus templos llenas de una apiñada multitud que se postra y se humilla y llora ante el sagrado altar del Dios uno y trino, fuente de verdad y fuente de vida.

Ved si nó el corazon de sus hijos, respondiendo con un solo latido á la sublime voz de los misioneros que vibra en la cátedra del Espíritu Santo, y que inspirada por Él les muestra el mal, del cual deben huir: les muestra la culpa, de la cual deben purificarse, y les señala la senda por la cual pueden llegar hasta el Dios que descendió desde la eternidad ha el hombre, para que el hombre pudiera elevarse hasta la eternidad y hasta Él.

Y ved ¡ay! como á esa voz inspirada que habla de las venturas y de los castigos eternos, contesta un ancho sollozo levantado á la vez por miles de pechos, y una palabra sola pronunciada por miles de lábios, implorando misericordia y demandando perdon, entre gemidos y lagrimas ardientes, digno tributo y ofrenda agradable que asciende á los cielos, despues de perfumar el ara de los divinos holocaustos.

Oh! Granada, Granada mia, bendita seas tu, en cuyo noble suelo produce la semilla del bien tan hermosos frutos, bendita seas tu, que amas y esperas; bendita seas tu que rezas y crees; bendita seas, porque sabes cubrirtte de gloria, al dar gloria y honor á la Virgen Inmaculada! Á la Virgen Inmaculada, cuyo nombre santo es el lazo que sujeta sus laureles en los escudos de mi España: á la Virgen inmaculada cuya pureza era para sus hijos un dogma de sentimiento, antes de ser declarada un dogma de fe; á la Virgen Inmaculada, madre y dicha, amparo y alegría y consuelo de todo corazon cristiano!

Oh! y como en el dia que se conmemora su

mas hermoso triunfo, debió fijar sus ojos llenos de promesas celestiales en la multitud de sus fieles hijos que corrian á sus piés ofreciéndola el tributo de su arrepentimiento y de su amor! Como sonreirian sus cándidos lábios, al ver la fe con que era bendecida, el entusiasmo con que era aclamada por aquellas almas que despues de labadas con las aguas de la penitencia se purificaban cien veces mas en el raudal inacabable de su fervoroso llanto!

Al escuchar las armoniosas notas del órgano sagrado, al ver aquella multitud indecible de seres arrodillados, que llenaban enteramente las inmensas naves de nuestra iglesia metropolitana: al mirar las nubes de aromado incienso, que cual flotantes gasas se perdian en el espacio, conduciendo hasta el trono de Dios los suspiros, las plegarias, las esperanzas de un pueblo entero que se proclamaba de este modo ferviente cristiano; parecia que la Madre de Dios pura, hermosa, celestial, divina, impalpable, bajaba de los cielos entre aquellas blancas espirales, entre aquellas vagas armonías, y tendiendo ambas manos para bendecir tanta frente inclinada, murmuraba entre las notas del sagrado canto. ¡Gracias, gracias hijos míos!

Oh! ¡sí, Madre del alma, allí estabas tu!

¡Allí estabas sosteniendo al débil; allí estabas alentando al fuerte; allí estabas concediendo al pecador arrepentimiento y dando al justo perseverancia!

¡Allí estabas, repartiendo á manos llenas los esplendores de la fe, los consuelos de la esperanza, las dulzuras de la caridad. De la caridad, la mas grande de las virtudes teologales, pues es la única que participa de la eternidad de Dios: por que la fe solo puede acompañar al hombre hasta la tumba, y la esperanza al cruzar los dinteles de la otra vida se convierte en certeza, ó para siempre desaparece; pero la caridad, que es el amor, vive siempre, y es tan grande y tan hermosa y tan sublime en el tiempo, como lo es en la eternidad!

¡Oh, Madre mia! Virgen purísima que bajo la dulce advocacion de las Angustias, eres Patrona y madre y refugio del pueblo granadino: Si nuestros amantes votos han llegado á tu altura, si has visto desde el cielo en este dia, la ternura con que te amamos y el fervor con que te bendecimos: tu, que eres la puerta del paraíso, abierta para el infeliz desterrado; la trasparente nube que lleva en su seno copiosa lluvia de celestes gracias; la casta y bellísima flor, cuyo aroma purifica el ambiente que respiramos; vuelve á nosotros tus divinos ojos, y pide ¡oh! Madre, pide por los que ponemos en tí nuestra es-

Peranza: pide tambien, mas particularmente y con mas empeño por los que cegados por el error y sin querer guiarse por la brújula de la fe no pueden abandonar el embravecido mar de la culpa. ¡Sálvalos tu, que eres iris de paz! sálvalos tu, que eres áncora de misericordia. Ruega por mi pátria, que fué siempre tu nacion predilecta.

Ruega, Señora, ruega por el santo anciano que ha definido en su infinito amor el dogma de tu pureza. ¡Su débil mano apenas puede ya sostener el timon de la santa barca de Pedro! ¡Oh! Madre mia, ampara-le tu! derrama sobre su frente venerable los tesoros de tu clemencia y los consuelos de tu amor!

Pide tambien, pide por nuestro digno Pastor, tanto te ama y que se afana tanto por tu gloria!

Pide, pide, Maria, por los que han venido á cumplir en nuestro suelo la mision de salvar las almas, redimidas con la sangre de tu hijo! Bendice sus esfuerzos, Reina de los Apóstoles, puesto que te han consagrado su vida, y son los baluartes de la ciudad eterna del Señor. Bendice sus esfuerzos, Señora: y mañana, cuando se alejen de nosotros y vayan á cruzar el mundo para difundir por él la luz de su palabra inspirada, ve tu con ellos, Estrella de los mares, ve tu con ellos y sirva de premio á sus trabajos y á sus afanes, el saber que doquiera que vayan les cercarán las bendiciones y las plegarias y la gratitud de los corazones en que han sabido derramar la paz del mundo y las esperanzas del cielo.

Y á mí, Madre mia, á mí que te he consagrado mi vida; á mí que te he ofrecido desde niña mi amor, mi existencia, el primer latido de mi corazon, la primera palabra de mi boca, la frase primera que trazó mi pluma, como te ofreceré ahora y mañana y siempre, mis esfuerzos, mi sangre, mi aliento, hasta que mi pecho exhale el postrer suspiro, en el cual irá envuelto tu nombre; tiéndeme tu mano; guíame tu, y purifica mi frente, grabando en ella tu imágen, y salva mi alma con una gota de tu llanto.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

8 de Diciembre.

Á MARÍA INMACULADA.

ODA.

¿Por qué los tristes ojos
Se anublan con el llanto
Y el alma llena de mortal quebranto

Encoge temerosa
Las alas y no eleva venturosa
El vuelo á las regiones del encanto?
¿Por qué si el alba del naciente dia
Tiñe las nubes de amaranto y oro
Y con tenaz porfia
Ahuyenta á otro horizonte
Las sombras que bajaron de alto monte,
Han de dormir los ojos todavía?

Humanos, despertad: divina y pura
Dios formó de su aliento á la Hermosura,
Alma de luz tan refulgente y clara
Que al sol eclipsa y á los cielos para,
Y los coros doblando la rodilla
Entre nubes de incienso perfumado,
La declaran su Reina sin mancilla,
Porque en su casto seno
Ha de morar el Dios que la creado.
Y luego sosegado
El vuelo tiende á nuestra humilde esfera
Y la mar altanera
Y el bosque hojoso y el vergel florido
Al mirarla cruzar el aire leve
Se agitan de placer, y en peregrinas
Luchas, las ondas, árboles y flores
Con los géneos del mar, del seno arrojan
La caterva de náyades y ondinas;
Y en canto no aprendido,
Ni que jamás oyó criatura humana,
La proclaman su *Diosa* soberana.
Y los justos, del *Limbo* ven las puertas
Entreabrirse, dejando en lontananza
Fulgar la mansion de su esperanza.
Y del templo en la nave mas sombría
Parece que se escucha la armonía
Con lánguido misterio
Del nombre sin mancilla de María,
Que se mece en las notas del psalterio.

Humanos despertad; ya fragoroso
Resuena el carro de la ronca fama
Y á los raudos bridones
Minerva ostiga con su lanza fiera
Y en la indómita y rápida carrera,
Hollando de Mavorte los pendones,
Arrastra á Vénus y á la triste Safo
Del abismo á las bárbaras regiones,
Mientras con dulce calma
La esforzada Judit y Ester hermosa
En su túnica oscura
Envueltas, con la mano bien segura
Á las puertas del tiempo van llamando
Que con ruido blando
Ábrense y dan entrada
Á la Reina del cielo enaltecida

Que por santas mujeres
 Á la mansion del hombre es conducida
 En célico desmayo,
 Como en la mansa y límpida laguna
 Penetra de la luna
 El titilante y misterioso rayo.

Y el infierno rugió, cual sierpe herida
 Que se retuerce bajo firme planta.
 Y la tierra despierta y de sus ojos
 Enjuga el llanto silencioso y triste;
 De dicha y de virtud su amor se viste
 Y cayendo de hinojos
 Ante la Reina que Sion proclama,
 Madre suya con júbilo la llama.
 Pátria, mi luz, mi afán, pátria despierta...
 Ya de gloria tus mártires encienden
 Los aires y en su amor raudos ascienden
 Á gozar de Salem la dicha cierta.
 Ya de bravos la cumbre está cubierta
 De la indomita y bélica montaña
 Y Pelayo provoca á la campaña...
 Virgen pura, tu nombre fué estandarte
 Del íbero y tu amor su baluarte:
 ¡Tu luz despierte á la dormida España!
 Y sea alfombra de tu planta breve
 El mar que llora con gemir profundo,
 Carro la luna, velo el aura leve,
 Trono el espacio, manto la alba nieve,
 El sol diadema y pedestal el mundo.

F. J. C.

MATER PURÍSIMA,

ORA PRO NOBIS.

Multitud de pardas nubes se agrupaban sobre el cielo de una humilde y sencilla aldea que recostada al pié de la sierra, parece como que quiere resguardar allí de la inclemencia del tiempo, sus blancas y pequeñas casas, su santa iglesia, su modesto campanario, y su cementerio, donde reposan los que antes han sido, y que ya no existin.

Es el 7 de Diciembre, ese mes de las escarchas y los hielos, de los frios y las nevadas, pero tambien de las mas sublimes y dulces alegrías del buen pueblo español, por que en él

conmemora la iglesia las dos festividades mas puras, mas santamente bellas, mas tiernas y mas celestiales de cuantas conmueven y estremecen el alma en que mora la fe: La inmaculada Concepcion de una Virgen sin mancha, y el nacimiento de un niño que siendo Dios, quiso hacerse hombre por amor nuestro, y que para ello descendió á la tierra, debil, pobre y desvalido y sin amparo.

Algunos copos de nieve empezaban á caer blandamente sobre la tierra, borrando lentamente y uno por uno, esos mil objetos que se destacan en el campo, dándole variedad y encanto y belleza.

Las secas y quebradas ramas, verdes ayer y descarnadas hoy: las invernizas flores sin lozanía ni perfumes: las hojas de los árboles que temblorosas y amarillas cubren los viejos troncos, á los cuales no se han atrevido abandonar aun, por que solo ellos las libran de ser arrebatadas por el furioso soplo del viento: Todos esos detalles que admira doquier la vista, y que iban desapareciendo entre la nieve como desaparecen los encantos de una virgen desposada bajo el blanco velo que pudorosamente la cubre.

Los trabajadores abandonaban ya los campos y volvian con afán los ojos hácia el querido techo de su pobre morada, donde les esperaba sin duda el suave calor del templado hogar, y el calor inapreciable del amor de la familia, á cuyo lado se les hacia tarde regresar.

Cruzando una estrecha vereda, temblando de frio y con el hermoso semblante azotado por el soplo del viento, una niña que contaría á lo mas diez ó doce años, adelantaba hácia las casas de la aldea, precedida por media docena de cabras y otras tantas dóciles ovejas, menos ligeras y menos graciosas que ella sin duda.

Sin embargo de la crudeza de la tarde y de lo trabajoso del camino, en el semblante de aquella criatura no aparecía señal de cansancio ó disgusto: antes bien de vez en cuando su voz clara, argentina y dulcísima, modulaba un sencillo canto, tan tierno, tan sentido y tan suave, que recordaba esas vagas armonías con que los ángeles deben enzalsar en el cielo á la bendita madre de Dios.

Á veces interrumpia el canto para dirigir algunas frases á sus ovejas, excitándolas á aligerar la marcha, pero siempre contenta y risueña como la alborada de una hermosa mañana de mayo.

—Vamos, vamos,—decía—anda mas aprisa, nevada, no te detengas, corza, por que en breve tocará á la oracion la campana de nuestra iglesia, llamando á las hijas de María en torno

de su bendita madre, y yo no quiero faltar; no quiero dejar de oír la plática de nuestro buen párroco, ya que mañana es el día mas solemne de mi vida, es el día de mi primera comunión. Oh! si mi madre viviera, ¡cuán contenta estaría mañana: que feliz sería al verme, cuando me acerque al sagrado altar!

Pero ¡ay de mí! ¡pobre madre mía! ¡solo podrá mirarme desde el cielo, á donde dice el señor Cura que estará sin duda! ¡era tan buena y amaba tanto á Dios!

La pastorcita calló un instante y en sus hermosísimos ojos brotó una gota de llanto que un soplo del viento vino á secar en sus megillas.

Por un instante permaneció muda y pensativa, aunque siempre siguiendo su marcha.

—Oh!—murmuró despues de un corto silencio:—me queda mi hermana que es casi lo mismo: tiene algunos años mas que yo y debe ser una segunda madre para mí: y lo es... si lo es: me ama mucho, mucho, y estoy segura que mañana me querrá mas y tomará parte en mi alegría.

Al terminar la niña su corto monólogo, llegaba á las primeras casas del pueblo, y un instante despues, se detenía ante una puerta de pobre apariencia, y entraba en ella seguida de su corto rebaño, al cual condujo en seguida á un gran corral, cubierto en su mitad por un techo de cañas y ramas secas.

Despues, se dirigió á la cocina, que ya se hallaba enteramente oscura, y dijo á media voz,

—Fernanda, Fernanda, ¿dónde estás? ¿por que no has encendido luz?

Nadie respondió á estas palabras y la niña añadió con inquieto acento.

—¿Dónde habrá ido mi hermana, ó porque no me responderá?

Y con un movimiento lleno de graciosa impaciencia, encendió luz y dirigió su mirada en torno, penetrando despues en un estrecho cuarto que les servía á la vez de dormitorio y guardarropa.

—¡Pues tampoco está aquí!—murmuró—vamos, habrá salido casa de alguna vecina... aunque ella gusta muy poco de su trato... en fin, encenderé lumbre para cuando venga: ¡hace tanto frío!

Y la niña buscó un brazado de ramas secas, y colocándolas en el hogar, las prendió fuego, alzándose al instante una alegre llama que iluminó primero el puro y hermoso semblante de la pastora, y despues toda la pequeña y humilde morada.

Un sentimiento de íntima satisfaccion se reflejaba en las facciones de Ana María, que así se llamaba la niña, pues pensaba que al volver su

hermana, encontraría lumbre donde calentar sus manos heladas sin duda por la nieve y el viento.

¡Pobre niña! venía del monte donde habia pasado un día cruel, y se olvidaba de sí misma para acordarse solo de Fernanda!

¡Ay! Por que su hermana no habia pensado de igual modo en ella, que mas niña, mas débil y consagrada á mayor trabajo, lo necesitaba mucho mas!

La voz vibrante y sonora de una campana se dejó oír en el espacio.

Aquella voz argentina pedia á los hombres una oracion ¡oracion que esperaba un ángel de rodillas para llevarle entre sus alas á la purísima Madre de Dios!

Ana María prestó atencion.

Rezó fervorosamente la salutacion á la Reina del cielo, y dirigió á la puerta una mirada en que se traslucía una ligera impaciencia.

Y era que la niña sabia que en aquella hora se reunían sus compañeras en torno del anciano párroco de la aldea para escuchar de sus labios palabras llenas de vida y de salud, y cada eco de la campana que vibraba á lo lejos parecia decir á su alma,—Ven, hija mía, ven: ven á aprender el camino de la virtud, el camino que conduce al cielo: ¡ven á preparar tu corazón para recibir en él, al que siendo de rey de orbes y mundos no se desdenará de habitar mañana en tu pecho! ven, hija mía, ven, ven.

Y Ana María cada vez mas inquieta, luchaba entre el deseo de esperar á su hermana y el afán de acudir presurosa á aquella voz que le llamaba.

Al fin no pudo resistir á el anhelo de su alma, y cubriendo sus rubios cabellos con un pañuelo de percal, salió, dejando entornada la puerta y emprendió el camino de la iglesia.

II.

Poco antes que la pastorcita llegara á su casa, Fernanda, su hermana mayor, sentada junto á la ventana de su estancia, leía á la última luz de la tarde una carta que debia ser de gran interés para ella, á juzgar por la alteracion que se notaba en su rostro.

Nadie al ver á Fernanda la hubiera creído hermana de Ana María, ni por su traje, ni por su aspecto, ni por sus ademanes.

Y era que aquella joven no se habia educado en el pueblo: era que habia pasado sus primeros años en la capital, junto á una rica señora que la habia dado una esmerada educacion, y solo la

muerte de su protectora la habia obligado á volver á la aldea.

Por desgracia la madre de Fernanda murió tambien dos meses despues, y la infortunada se encontró de pronto sola, sin recursos, sumida en la miseria y sin mas compañía que la de aquella niña que de nada podia servirle, aunque mas acostumbrada que ella á los trabajos y la estrechez.

Fernanda sufrió mucho: no se podia avenir á la pobreza extrema á que se veia reducida, y mil veces, cuando llegó á faltarle hasta el pan, cuando tuvo hambre y tuvo frio, deseó morir y por su mente rodaron los mas siniestros pensamientos.

Ana María procuraba ayudarla; llevaba al campo sus cabras, traia leña del monte, y sobre todo la prodigaba esos consuelos y esas dulces palabras que sólo el verdadero cariño sabe encontrar.

Sin embargo, la jóven luchaba con un oculto pensamiento que podia arrastrarla á un abismo, y aquella funesta carta que leia por centésima vez era la que habia despertado en su mente las ideas que la trastornaban.

Porque en aquel blanco papel, escrito por la mano de un infame, se ofrecian á Fernanda riquezas, galas, comodidades, pero ¡ay! todo á cambio de la paz de su conciencia, de la tranquilidad de su alma, de su pureza, de su virtud, de su honra en fin.

Y la infeliz vacilaba: su ángel bueno en lucha con aquella tentacion se encontraba ya vencido, porque el aspecto de su miseria, y la esperanza de otro porvenir, trastornaban el espíritu de la desamparada jóven y la hacian odioso y repugnante cuanto la rodeaba entonces.

—Oh!—exclamó despues de un instante de meditacion:—ese hombre tiene razon! yo no he nacido para vivir como una miserable pordiosera! ¿á qué pasar hambre, á que sentir frio, cuando tan fácil es tener buenos manjares, y trajes ricos, y abrigada estancia? sí, sí: aceptemos: ¡es preciso! pero ¿y mi hermana? ah! ella se quedará aquí: está acostumbrada á esta existencia y luego.... ¡quién sabe! tal vez yo pueda... ¿de que le sirvo aquí tampoco? vamos estoy resuelta, contestaré á esta carta que me espere mañana y fijaré al fin mi suerte.

Y Fernanda trazó algunos renglones en un papel que cerró bajo un sobre y salió de su casa para entregarlo al peaton que diariamente ponía la correspondencia en el correo de la próxima ciudad. Aquel hombre vivia lejos y la jóven tardó algun tiempo en volver á su casa.

Cuando tornó á penetrar en ella, la pobre Fernanda traia los cabellos y la mal cubierta espal-

da llenos de nieve, y temblaba de un modo espantoso.

La vista del alegre fuego que ardia en el hogar la trajo el recuerdo de su hermana, y una lágrima rodó por sus mejillas mientras sus labios murmuraban estas palabras:

—Pobre niña! yo no careceré mañana de nada, pero ella!

Y preocupada y azorada se dejó caer en una silla y paso algun tiempo sin que se diera cuenta de sus ideas.

De pronto la puerta se abrió y Ana María con el semblante cándido y alegre apareció en ella.

Tan distraida estaba la jóven que no se apercibió de su presencia.

La niña traia los ojos enrojecidos.

Sin duda habia llorado, pero sus lágrimas no debian ser de las que amargan la vida y quemán las mejillas, por que en su rostro se leia la santa paz de su espíritu, y la divina felicidad que llenaba su alma.

En la mano traia un objeto que oprimia contra su pecho y que debia estimar en mucho, cuando le habia colocado tan cerca de su corazon.

Pero ¡ay! ella que habia entrado con la sonrisa en los labios, sintió que aquella sonrisa se apagaba al ver la actitud y la distraccion de su hermana.

Corrió hacia ella llena de afán, y la preguntó con un acento que en vano intentaríamos describir:

—¿Que tienes, Fernanda mia?

La jóven se estremeció: abrió sus ojos con el asombro de aquel que sale de un sueño, y procurando dominar su agitacion, respondió fingiendo una sonrisa.

—Nada, hija mía!

—Dormias?

—Creo que sí.

—Y yo te he despertado, ¡si supieras cuanto lo siento!

—No... por qué?

—Estas mala?

—Yo...

—Tienes el semblante pálido, y, no sé que noto en tu mirada.

—Te engañas, no tengo nada! te ruego que no pases cuidado por mí.—Y Fernanda al decir esto pensaba en la pena que al dia siguiente debia sufrir aquella niña á quien iba á abandonar.

—Pues me alegro—murmuró Ana María sin reparar en la angustia de su hermana—me alegro que te halles buena, por que tengo que pedirte un favor.

—Habla ¿qué quieres?

—Mira, yo no sé leer aun, nuestra pobre ma-

dre decía alguna vez cuando me veía salir al campo á llevar nuestras obejas, «yo no puedo darle instruccion alguna á esta niña, pero la enseñaré á amar á Dios que es la única ciencia que yo poseo, y la Virgen purísima velará por ella y la hará buena y dichosa.»

Fernanda se estremeció: aquel recuerdo de su madre hizo latir su corazón de un modo desusado.

—Vamos; continua,—dijo con voz ahogada y sin saber á donde iba su hermana á parar.

—Esta noche el señor Cura nos ha dado un libro y una estampa: yo se que ese libro contiene hermosas oraciones que preparan el alma y conmueven el corazón, escitando al arrepentimiento de nuestras culpas, y... quisiera que tu me leyeras algunas.

—¿Y para que?—exclamó Fernanda retirando su mano del libro que su hermana le presentaba, y que hasta entonces habia tenido estrechado sobre su pecho; para que quieres que yo lea eso?

—Para escuchar sus palabras que tu iras diciendo muy despacio á ver si puedo fijarlas bien en la memoria: por eso tan solo.

Fernanda respiró con mas libertad.

En un principio su turbado espíritu le habia hecho creer que la inocente niña habia leído en su frente los proyectos que rodaban por ella.

—Tu no sabes, continuó Ana María, tu no sabes que palabras tan dulces, que consejos tan santos nos ha dado esta noche nuestro anciano párroco. Nos ha dicho que la Virgen, cuya purísima Concepcion celebra la iglesia mañana, será siempre la madre amorosa de las jóvenes honradas: nos ha dicho que los ángeles sonríen al mirar nuestra alma limpia de toda culpa, y que lloran entristecidos cuando nuestro pie se aparta de la buena senda. Ha hablado del cielo, de las eternas recompensas; de nuestras madres.... y yo he llorado mucho pensando que la nuestra está mirando desde su sepultura, y quiero ser muy buena para no entristecer su alma.

Las lágrimas de la inocente Ana cortaron la voz en su garganta: en cuanto á Fernanda estaba pálida como un cadáver y muda y helada como una estatua de piedra.

—Lee, lee, murmuró la niña abriendo el libro por una página marcada con un registro.

Fernanda empezó la lectura con voz opaca y sin darse cuenta de lo que hacia.

Pero á medida que sus labios pronunciaban las palabras estampadas en aquel libro, un velo de lágrimas iba cubriendo sus ojos y la niebla de la culpa que iba á empañar su conciencia se desvanecía disuelta en aquella lluvia del alma?

—¡Mas despacio, mas claro!—decía de vez en

cuando Ana María,—mas despacio, mas claro! yo quiero fijar eso en mi corazón!

Y Fernanda volvía á repetir el párrafo, deteniéndose mas en él, y aquellas pausas y aquellas repeticiones eran un nuevo buril que grababan aquellas santas máximas y aquellas divinas sentencias en su pobre alma.

Y aquel libro no solo hablaba de los premios y de los castigos eternos! hablaba tambien del arrepentimiento y del perdón!

—Ahora, mira esta estampa y repítame lo que dice al pie, exclamó Ana María, en un momento en que su hermana habia enmudecido, fatigada por la emocion.

La estampa representaba la imagen de la purísima Virgen sosteniendo con la mano izquierda á una joven arrodillada y señalándole con la derecha la puerta del cielo.

Al pie se veían estas palabras:

Mater Purísima,

ORA PRO NOBIS.

Fernanda las leyó con anhelo.

Miró el rostro de la Virgen, y por una ilusión del alma, creyó que aquel rostro se parecía al de su madre; miró á la joven arrodillada y encontró en sus facciones algo que le recordaba las suyas propias, y no pudiendo ya contenerse dió un grito, cayó de rodillas, y besando la estampa con afanoso delirio.

—Si,—esclamó—¡madre, madre purísima; perdóname y ruega por mí!

¡Fernanda se habia salvado!

La obeja próxima á descarriarse, entraba en el redil nuevamente!

Al siguiente día, cuando la niña salió de su casa al romper el alba para encaminarse á la iglesia, no iba sola, su hermana la acompañaba, y ambas se arrodillaron en el tribunal de la penitencia, y ambas se acercaron á la sagrada mesa, para recibir el pan de los ángeles.

Y aquella tarde el anciano párroco entró en la humilde vivienda de Fernanda para anunciarle que se habia creado en el pueblo una escuela de niñas pobres bajo el patrocinio de la Purísima Concepcion, y que ella habia sido escogida para ponerse á su frente, recibiendo por ello una corta pension que la ponía en adelante al abrigo de la miseria.

Oh! Dios no hace jamás las cosas á medias! La Reina del cielo ayuda siempre al que sabe resistir á la tentacion, y le sostiene en la senda del bien, por medios ignorados y desconocidos.

Aquella joven fué siempre virtuosa, fué una fiel hija de María; y todas las tardes cuando con las niñas confiadas á su cuidado rezaba la letanía de Nuestra Madre, su voz se tornaba con-

movida, y sus ojos en que temblaba una lágrima, se fijaban en su tierna hermana al repetir aquellas dulces palabras en que habia encontrado do su salvacion.

Mater purísima,
ORA PRO NOBIS.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á NUESTRA DIVINA PATRONA

LAS SANTÍSIMA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS

EN LA TARDE DEL DOMINGO. 16 DE DICIEMBRE DEL 77.

Fe de mi corazon, sostenme ahora;
luz de mi inspiracion, no te consumas:
voz de mi pecho, exhálale sonora;
pensamiento veloz, he aquí la hora
de tender, al volar, todas las plumas.

J. Z.

¡Lágrimas de mi alma, en ancho velo
no cubra, no, vuestro raudal mis ojos,
que ver quiero en mi anhelo,
á la que hombres y arcángeles de enojos,
aclaman sola Emperatriz del cielo!

¡Miradla! ¡cuán hermosa! ¡madre mia!
ya del empíreo hasta nosotros viene!
¡paso! ¡paso á María!
¡gloria á la Reina celestial del dia
que orbes y mundos á sus plantas tiene!

¡Salve! ¡salve! ¡sembrad en nuestro suelo
cuántas flores perfuman la ancha vega,
que ya, trocando por la tierra el cielo,
como prenda de amor, en su desvelo
la pura madre entre sus hijos llega!

¡Los ángeles la cercan! blanca nube
circunda su cabeza soberana,
y batiendo sus alas el querube
hasta su trono las plegarias sube
que eleva en torno nuestra fe cristiana!

Su casta frente, del candor asiento,
ya no se inclina de su angustia en muestra,
que olvidando, al mirarnos, su tormento,
hoy es nuestro su amante pensamiento,
su afán, su anhelo y su ternura nuestra!

Las blancas manos, dó la vida brota,
tiende doquiera derramando dones,
y esa, de llanto solitaria gota,
es la respuesta celestial é ignota
á nuestras mil fervientes bendiciones.

¡Su voz resuena! su palabra es vida
paz y reposo y salvacion y calma:
de fe segura y de esperanza henchida
yo la escucho, de amor estremecida,
yo la siento vibrar dentro del alma!

¡Oidla! entre les ecos tembladores
con que suspira el aura en el vacío
llega hasta mí, cual nuncio de favores:
«Yo pago con mi amor vuestros amores,
dice.» ¡Yo te bendigo, pueblo mio!

¡Oh, Reina de los ángeles! Señora;
iris de eterna paz y de bonanza,
oye la voz con que te aclama ahora
ese pueblo creyente que te adora
y pone en tu clemencia su esperanza.

Y en el juicio postrer, Virgen María,
tiende tu manto en nuestro hermoso suelo,
y dí á tu hijo, dí, «¡Granada es mia!
tú la fiastes á mi amparo un dia
y yo la quiero para mí en el cielo!»

Enriqueta Lozano de Vilchez.

8 de Diciembre del 77.

Granada:—Imp. de la FE, Mendez Nuñez 26.